



## Edith Jiménez de Muñoz: *manos que nunca descansaron*<sup>1</sup>

María del Pilar Muñoz<sup>2</sup>

Edith Jiménez Arbeláez nació en Medellín, el 14 de agosto de 1916. Fue la segunda hija del matrimonio de Débora Arbeláez Muñoz y Luis Emilio Jiménez Molina. Sus hermanos fueron Iván, el mayor, y después de ella Hugo, Ruth, Sony María y los mellizos, Jairo y Lilian.

Sus recuerdos de infancia se remontan a la ciudad vieja de Medellín y a los pueblos aledaños, en donde solían pasar sus vacaciones: Rionegro, Sabaneta, Caldas, Santa Helena y Carolina del Príncipe.

Su padre, Luis Emilio Jiménez, hijo mayor de Ordiano Jiménez y Soledad Molina, venía de Carolina del Príncipe, de una familia de boticarios y de músicos. Sin embargo, Luis Emilio se había trasladado a Medellín en busca de un mejor destino para los suyos. Además de su formación musical, tenía un espíritu científico, que desarrolló en su oficio como contador de los Ferrocarriles de Antioquia.

Su madre, Débora Arbeláez, fue la hija mayor de Emeterio Arbeláez y Ana Rita Muñoz. En la guerra de los Mil días su padre Emeterio se había enrolado en las tropas liberales y nunca volvió. Su hermano sufría graves quebrantos de salud, por lo cual con la ausencia del padre, y con la comodidad de Ritica, como ella lo decía, cuando los recursos económicos faltaron, le tocó asumir la responsabilidad del sostenimiento familiar. Así ella comenzó en Rionegro, desde muy temprana edad, su oficio de modista, que ayudó durante toda su vida.

Esta circunstancia la marcaría profundamente porque no pudo terminar sus estudios, en esa época, de normalista.

La familia de Débora venía de Remedios, zona minera de influencia negra, por lo cual ella alardeaba de ser de las brujas de Remedios. No era raro ver agujas clavadas en las paredes para ahuyentar brujas y escobas detrás de las puertas para no recibir visitas.

1 Título tomado de un artículo sobre el Tejido precolombino, escrito por Edith Jiménez de Muñoz y publicado en 1989 en la revista *Historia Crítica* de la Universidad de Los Andes.

2 La autora es hija de Edith Jiménez de Muñoz.

Estos dos tipos de pensamiento, sin duda influyeron en la formación de Edith, en su capacidad analítica y su comprensión del mundo del pensamiento mágico y simbólico.

También de su madre recibió el impulso que la llevaría a ser la primera bachiller de Antioquia y la primera antropóloga de la primera promoción en esta área de conocimiento en el país.

Débora, quien debió asumir las responsabilidades de la familia, que sintió las limitaciones económicas y las de su formación, soñó algo diferente para sus hijas. Así, Edith, Ruth, Sony María y Lilian, oyeron siempre que estudiarían y serían profesionales, tal como lo expresó en una carta que envió a la *Revista Letras y Encajes*, en la que manifestaba ese deseo para sus hijas y para las mujeres.

Ella misma, gracias a su propio impulso, se convirtió en una persona cultivada, amante de la literatura que leía en francés e inglés. Y sus hijas cumplieron su deseo: Edith, fue la primera antropóloga del país; Sony, la primera ingeniera civil del país; Ruth, la segunda odontóloga del país y Lilian, la segunda ingeniera civil del país. Además cursaron maestrías en el exterior, Edith en la Universidad de San Marcos en Perú, Sony en Pittsburg, Estados Unidos y Lilian en París.

Edith estudió en el Colegio Central de Señoritas y luego cuando era ya una joven, en el internado del Colegio Central Femenino, primer colegio público y laico, resultado de la fusión del Central y la Escuela Normal de Institutoras, que surgió como una propuesta en concordancia con las reformas educativas femeninas en el país, de los presidentes Olaya Herrera y Alfonso López Pumarejo.

Hacia finales de 1936, después de cambios en la dirección del colegio, se nombró en este cargo por recomendación de Joaquín Vallejo, a Enriqueta Seculi, educadora española de vasta experiencia. Llegó a Medellín en enero de 1937 y los cambios que emprendió cambiarían la vida de las estudiantes del Central Femenino.

Desde nuevos programas educativos hasta el cambio de las instalaciones, con la construcción de buenos baños y duchas para las niñas, los campos de baloncesto que exigieron el movimiento de la estatua del Sagrado Corazón a una esquina del patio, los deportes, la comida rica en verduras y sobre todo su diálogo abierto y próximo lleno de ideas que les abrían cada vez más sus posibilidades. Les planteaba abiertamente teorías como las del Malthus que hablaban del control de la población, entre otras, que cautivaron de inmediato a estas mujeres que estaban listas para el cambio.

Las reacciones ante las transformaciones se presentaron desde mayo del mismo año, solo cinco meses después de su llegada: la renuncia de su subdirectora, los artículos en los diarios que atacaban a Enriqueta Séculi, el cuestionamiento en las estaciones de radio por los cambios en la Institución, la destitución de su mano derecha, su tesorera Cecilia López, por parte del director de educación del departamento y finalmente la destitución de la misma directora por parte del gobernador.

La respuesta de apoyo a Enriqueta de sus alumnas fue inmediata con una huelga sin precedentes que se prolongó durante 45 días, con el apoyo de padres, intelectuales como Antonio García, de los estudiantes de la Universidad de Antioquia y hasta del sindicato más importante del país, el de ferrocarriles de Antioquia.

Las estudiantes se organizaron, se repartieron en grupos, se turnaron para hacer la vigilancia, propusieron competencias para mantener el ánimo, marcharon por las calles con carteles y cocinaron alimentos donados por la plaza de mercado. Pero el tiempo las afectaba y los padres de las niñas de provincia empezaron a llevarlas de regreso a sus casas.

La ciudad se conmocionó, las emisoras transmitían la huelga permanentemente, los diarios seguían el desarrollo del conflicto minuciosamente, algunos las apoyaban, otros las trataban de “perdidas”. El gobernador no se pronunció a pesar de la solicitud expresa de la asamblea.

El conflicto finalmente se resolvió tras el viaje de una comisión conformada por Edith Jiménez, Blanca Ochoa y Nury Uribe a Bogotá, la que se reunió con el presidente de la República, Alfonso López Pumarejo, y su Ministro de Educación. Esto condujo a la revocatoria del gobernador y su gabinete, entre ellos el director de educación del departamento. A pesar de esto, no obtuvieron la restitución de su querida directora Enriqueta Séculi.

De este grupo de huelguistas que estaban en el más alto curso de la institución, solo Edith y Blanca se graduaron como las primeras bachilleres de Antioquia. Una vez graduadas, recibieron la propuesta del profesor Francisco Socarrás de viajar becadas a Bogotá a estudiar en la Escuela Normal Superior, ENS, y en el Instituto Etnológico Nacional, IEN, en el primer grupo que se iniciaba en etnología. Por el deseo de continuar sus estudios fueron excomulgadas en Medellín.

Después de la huelga y de su excomuniación, Edith se prometió no volver a su ciudad natal. Solo lo hizo temporalmente como inspectora de educación del departamento.

La formación recibida en el Instituto fue fundamental, lo mismo que sus compañeros y sus profesores, Paul Rivet, Henry Lehman y Justus Shotellius,

entre otros, a quienes siempre recordó con admiración y profundo afecto. La muerte del profesor Shotellius, 1941, ensombreció esta época. Fue precisamente con él con quien realizaron las primeras excavaciones de la Mesa de los Santos en Santander. La imagen de este profesor dictando sus clases con diccionario la acompañaría siempre. Fue entonces cuando entró en contacto directo por primera vez con los textiles precolombinos, y sus símbolos.

Una vez terminados estos estudios, recibió la invitación por parte de la Universidad de San Marcos en Lima, para la realización de una maestría de dos años, que cambió por una de un año para Blanca Ochoa y otro para ella. En 1943 realizaron su especialización en arqueología con profesores como Julio Tello.

De regreso a Bogotá Edith Jiménez y Blanca Ochoa se vincularon al Museo Nacional donde se encargaron del montaje, de la clasificación y restauración de piezas arqueológicas de cerámica y textiles, muchas de las cuales ellas mismas habían escavado

También se matriculó en la maestría de ciencias económicas de la Universidad Nacional, en donde conoció al abogado Santiago Muñoz Piedrahíta inscrito en el mismo programa, quien se convertiría en su esposo el 14 de diciembre de 1945, y como nos lo repetía, el día en que debían presentar los exámenes para graduarse en la maestría, la cual finalmente no terminaron.

Diego, su hijo mayor nació el 16 de octubre de 1946.

Sobrevino entonces el 9 de abril, y Edith y Blanca fueron discriminadas por sus ideas de avanzada y despedidas del Museo Nacional, por uno de sus compañeros de promoción, Luis Duque Gómez.

Fue un cambio profundo en su vida, que recordaría siempre y no sin dolor. Se sucedió entonces casi una década de limitaciones, ya que Santiago también fue perseguido. Muchos de sus amigos se exiliaron, ellos mismos los llevaron a las embajadas y muchos no regresaron al país y terminaron sus vidas en países como México.

En estos años de penuria, cuando las puertas laborales se les cerraron, la pareja se unió y juntos emprendieron toda clase de oficios para sobrevivir. Tallaron juegos en madera, ella se desenvolvió como pedagoga, tuvieron la Librería Mito, Editoriales, publicaron títulos como la primera edición de “Los Elegidos” de Alfonso López Michelsen, hasta el diario *El Liberal*. Acompañó a Santiago en la Fundación de la Universidad de América en 1956, en donde se desempeñó como profesora de economía todavía bajo la mirada recriminadora de muchos por ser mujer.

El panorama económico empezó a modificarse desde cuando Santiago entró a trabajar en Colseguros como director de publicidad. Dirigió el noticiero Hechos y Gentes que se transmitía en vivo, y partir de esta experiencia, y con su gusto por el cine, fundó el *Noticiero Novedades*, pionero en país, que se transmitía en las salas de cine.

Nació entonces Felipe en 1956 y luego María del Pilar en 1958.

Durante la época de penurias, y luego con el apoyo explícito de Santiago, de manera solitaria, Edith se dedicó a la investigación. Los dos ejes que habían cautivado su inteligencia se hicieron explícitos. El primero, el mundo de los símbolos, de los arquetipos, que veía representado en mitos, cerámicas, textiles, esculturas, y en el traje. Así lo demuestran sus publicaciones *La Representación del Ave símbolo de Dios Sua*, *El dios Sol entre los Chibcha*, de 1951, *Vínculos de la Mitología Chibcha con la de otros Pueblos Americanos*, 1955 y el trabajo de años en la reconstrucción de mantas de la cultura Guane, encontradas muy seguramente en las excavaciones realizadas con el profesor Shotellius.

Esta visión trascendente que estuvo presente en todo su trabajo, en su vida misma, se plasmaría también en el segundo de los ejes, el de lo textil y del traje tradicional en Colombia.

Durante muchos años, a partir de investigaciones de campo en las comunidades, con el estudio de los Cronistas de Indias, de obras costumbristas, de la obra gráfica de las expediciones del siglo XIX, como las Acuarelas de Mark, la Comisión Coreográfica y la Geografía Pintoresca, reunió una colección de trajes campesinos que sometería a consideración al Patronato de Artes y Ciencias para su aprobación en 1966. En 1972 publicó su libro *Trajes Regionales de Colombia*. En 1975, fundó y abrió al público el Museo de Trajes Regionales de Colombia, como una dependencia de la Universidad de América.

En las décadas del 60, 70, 80 además de su labor silenciosa como investigadora, acompañó a Santiago en su vida política como concejal de Bogotá y representante a la Cámara y se convirtió en su compañera de análisis y de giras. Durante el gobierno de Alfonso López Michelsen, fundaron con la primera dama Cecilia Caballero de López, Cecilia de Iregui de Holguín, el centro de enseñanza de oficios tradicionales en la Presidencia de la República. Posteriormente con sus hermanas en Medellín fundaron a ARAMA, Asociación para el rescate de las artes manuales en Antioquia. Estas organizaciones tuvieron como propósito el rescate de oficios y habilidades tradicionales relacionadas al mundo de lo textil, que como ella lo decía, estaban dormidas y latentes en la población, orientando estas organizaciones con un espíritu de servicio a la comunidad.

En el Museo de Trajes Regionales, como en su primer oficio, ella se encargó del montaje, de las investigaciones que fueron los guiones de las diferentes salas, de los textos y fichas, de la formación de las guías, de las propuestas de talleres. Su formación como pedagoga quedó allí plasmada, al igual que su visión que trascendía la realidad física de los trajes para adentrarse en el alma de quienes los portaban. Este espacio fue el escenario en donde quedaron muchos de sus trabajos, las mantas reconstruidas de los guanés, los trajes producto del mestizaje, los de las comunidades indígenas, los oficios relacionados con el mundo textil, los símbolos, los mitos y las diferentes cosmogonías.

Al museo asistió con disciplina y regularidad hasta cuando tuvo un poco más de 80 años, momento en el cual Santiago, quien se había retirado hacía algunos años de su vida política y quien había sufrido un accidente cerebro vascular, le pidió que lo acompañara. Luego y hasta su muerte lo hizo de tanto en tanto.

Estos últimos cinco años de vida de su esposo, ellos los dedicaron a realizar un análisis sosegado de sus vidas, con la tranquilidad y sabiduría que el tiempo les permitió. Santiago murió el 12 de agosto del año 2001. El 14 de agosto lo enterramos, el día que Edith cumplió sus 85 años de edad.

Como ella nos lo decía, Santiago le había encomendado la misión de acompañarnos unos años más. Y así fue, una cálida y amorosa compañía, en la cual esa distancia con sus propios hijos, que había heredado de su padre, se fue diluyendo en el afecto.

Unos pocos años antes su muerte me relató el sueño que había tenido esa noche anterior, en el cual veía unas piezas de cerámica precolombina completamente decoradas con los símbolos que habían cautivado su conciencia, y cómo estos se iban despegando de las cerámicas y se venían sobre ella. Unos meses después, cuando comencé una charla sobre algún elemento del pensamiento simbólico, me dijo que ya no le hablara más de símbolos.

Después de este suceso, ella comenzó un proceso más rápido de decaimiento senil, y fue entrando en un paulatino olvido, del que salía en las cortas conversaciones que teníamos. Muchas veces le pregunté si estaba feliz o triste, ya que sabía que ella era consciente de su deterioro, y su respuesta siempre fue la misma, estaba feliz. También le preguntaba, si todavía nos iba a acompañar, y su respuesta fue afirmativa hasta un mes antes de su muerte, cuando me dijo que ya no, y cuando le pregunté que si ya quería descansar, me dijo que sí.

Edith murió el 29 de julio del año 2008, pocos días antes de que cumpliera sus 92 años de edad. Blanca Ochoa, su amiga de toda la vida la sobrevivió tres meses más.



## DOCUMENTOS

María del Pilar  
Muñoz



Edith Jiménez de Muñoz en el Museo de Trajes Regionales en 2007.

*Foto Archivo de María del Pilar Muñoz.*

De izquierda a derecha Edith Jiménez, Nury Uribe y Blanca Ochoa estudiantes del Instituto Central Femenino, quienes conformaron la comisión que viajó a Bogotá en 1937. Foto en el Aeropuerto a su llegada a la capital, 13 de junio.

*Foto Archivo de María del Pilar Muñoz.*



De izquierda a derecha Blanca Ochoa, Nury Uribe y Edith Jiménez.

*Foto Archivo de María del Pilar Muñoz,*

Edith Jiménez y Blanca Ochoa en una fiesta de disfraces cuando estudiaron en el Instituto Etnológico Nacional, IEN, 1942.

*Foto Archivo de María del Pilar Muñoz.*





**DOCUMENTOS**

María del Pilar  
Muñoz



Edith Jiménez, 1941.

*Foto Archivo de  
María del Pilar Muñoz.*



Blanca Ochoa y Edith Jiménez (sobre el caballo) en una salida a campo cuando eran estudiantes en el Instituto Etnológico Nacional.

*Foto Archivo de María del Pilar Muñoz.*



Blanca Ochoa y Edith Jiménez en Bogotá cuando eran estudiantes en el Instituto Etnológico Nacional,

*Foto Archivo de María del Pilar Muñoz.*